

EDUCAR EN ARMONÍA CON LA VIDA. CONVERSANDO CON CARLOS EDUARDO MALDONADO

Rosa María Medina Borges¹

Universidad de Ciencias Médicas de La Habana, La Habana, Cuba.



Recibido: 16 de enero de 2025. Aprobado: 24 de enero de 2025.

I. Introducción

Puedo afirmar que mi encuentro con las ciencias de la complejidad sucedió como suceden los mágicos acontecimientos: de manera casual. Me encontraba realizando un postdoctorado en la Universidad de Manizales (Colombia) cuando una amiga me recomienda la lectura del libro de Carlos Eduardo Maldonado: *Occidente, la civilización que nació enferma* (2020). Desde entonces, he concentrado todo mi interés en el aprendizaje de lo que catalogo mi mayor descubrimiento personal, develar otras claves de lo más hermoso que puede existir: la vida. Por primera vez iniciaba un cambio muy

¹ Maestría en Historia Contemporánea y Relaciones Internacionales por la Universidad de La Habana. Doctorado en Ciencias Pedagógicas por la Universidad de Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona. Especialista en Didáctica de las Ciencias Sociales (FLACSO/ Brasil). Postdoctorado en Ciencias Sociales, niñeces y juventudes (Universidad de Manizales, Colombia). Profesora de Filosofía, Bioética, Metodología de la Investigación y otras disciplinas humanas; en la Universidad de Ciencias Médicas de La Habana. Ha publicado artículos científicos en revistas indexadas en Cuba y en diversos países de Hispanoamérica; así como capítulos de libros (todos vinculados a las problemáticas de las ciencias de la salud y las humanidades). Desde el año 2021 ha recibido varios cursos relacionados con las ciencias de la complejidad. Se encuentra escribiendo un libro acerca de las confluencias entre las ideas de José Martí y Carlos Maldonado, en torno a la vida, la concepción de la naturaleza y la cultura, la educación (entre otras temáticas). Es miembro referente (para Cuba) de la Red latinoamericana COMEDHI (Comunicación, Educación e Historia).

¿Cómo citar?: Medina Borges, R. M. (2025). Educar en armonía con la vida. Conversando con Carlos Eduardo Maldonado [entrevista]. *Praxis Filosófica*, (62), e50115188. <https://doi.org/10.25100/pfilosofica.v0i62.15188>

profundo, sin sentir presión o angustia. Tomaba conciencia de que todo —o casi todo— lo que creía saber, era solo una importante preparación para desaprender, e iniciar una comprensión totalmente distinta acerca de la biosfera.

Me siento privilegiada por dialogar y compartir mis avances con Carlos Eduardo Maldonado. Un día tal, le escribí interesada en participar en uno de sus cursos y de manera muy sencilla y cálida me atendió. Hasta hoy, esa amistad ha ido creciendo transversalizada por su generosidad y su gusto por compartir con los demás. Ese privilegio no es único ni excepcional para mí; su estilo y comprensión de la vida y muy particularmente de la educación y, sobre todo, del aprendizaje conlleva a estos sentimientos.

De manera espontánea y a propósito de un artículo que me encontraba escribiendo, le pedí un buen día una entrevista. Me la concedió y hasta hoy, han sido varias. La que presento en esta ocasión, la considero muy especial porque trata sobre un álgido- llevado y traído- tema. La educación, y más que ello: el aprendizaje.

Como presentación sucinta de mi entrevistado, puedo decir que Carlos Eduardo Maldonado tiene un amplio y asombroso curriculum que trataré de sintetizar en lo posible. Es doctor en Filosofía por la KU Leuven, de Bélgica. Post-doctorado como *Visiting Scholar* en la Universidad de Pittsburgh (EE. UU). Postdoctorado como *Visiting Research Professor* en la Catholic University of América (Washington, D.C.). *Academic Visitor* en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Cambridge (Inglaterra). Funge como Profesor Titular en la Facultad de Medicina de la Universidad El Bosque. También es *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de Timisoara (Rumania), en el 2015. Así como, *Doctor Honoris Causa*, otorgado por la Universidad Nacional del Altiplano (Puno, Perú (2019). Y *Doctor honoris causa* de El Colegio de Morelos (México), en el 2022. Tiene un Índice h actual de 39.

Sin embargo, lo verdaderamente destacable no serían sus títulos o estadísticas de publicaciones. Lo más llamativo responde a su praxis como compartidor incansable de sabiduría. Carlos enriquece la exigua fila de intelectuales y académicos que motiva y enamora a los demás con algo tan “lejano” como la complejidad. Sabe poner los conocimientos en diálogo con la vida sencilla, con el pan nuestro de cada día.

Ojalá quién lea esta entrevista, que pretende desentrañar cómo puede la educación estar en armonía con la vida, sienta el mismo gusto que compartimos con él por ayudar- al menos un poco- al cambio de los paradigmas educativos.

Rosa María Medina Borges. *Lo primero doctor, sería agradecerle por esta oportunidad de compartir y aprender con usted.*

Carlos Eduardo Maldonado. Gracias a ti, Rosa María, por esta oportunidad de reflexionar juntos...

Rosa María Medina Borges. *Para comenzar, quisiera preguntarle ¿En qué momento, cómo y por qué Carlos E. Maldonado se percató de que los sistemas educativos, las pedagogías y didácticas modernas son retrógrados en general? ¿Qué aportan entonces las ciencias de la complejidad a la educación como praxis pedagógica?*

Carlos Eduardo Maldonado. Por alguna extraña razón, mis primeros artículos, creo recordar, estuvieron centrados en la educación (y la filosofía) en general. De hecho, hice la traducción de *El tratado de Pedagogía*, de Kant (*Über Pädagogik*). Que en su momento fue la primera traducción al español.

Tuve la buena fortuna de tener magníficos profesores; por tanto, una muy buena educación. Permíteme contarte tan sólo una anécdota. Cuando entré a la carrera de Filosofía, en primer semestre, también empezaba el profesor J., Zarankas. Era un hombre grande, mayor, hermoso. Provenía de un grupo de emigrados lituanos que llegó en un momento a Colombia. Este profesor sin pronunciar palabra, sin preguntar quiénes hablaban o leían alguna lengua extranjera, trazó varias líneas divisorias en el trabajo y al final dijo: “Estas son la mejores traducciones y ediciones de Platón: en francés: xyz, en inglés: ésta y aquella, en alemán: estas otras”; y así en seis o siete idiomas. Luego se sentó y —de manera muy natural— comenzó su clase. Jamás olvidaré esta experiencia. Podría contarte otras numerosas anécdotas de una muy buena educación que tuve ya desde el colegio.

Cuando llegué al doctorado en la KU Leuven (Lovaina, la vieja) muy rápidamente me di cuenta de que el pregrado, en general, de Colombia era/ es muy bueno. Hablo de la educación en filosofía, específicamente. De lo que carecíamos entonces en Colombia era de fuentes bibliográficas; libros, colecciones, ediciones, revistas; así como, del contacto —específicamente visitas y conferencias— con profesores internacionales de primera línea.

Fue a mi regreso al país cuando me di cuenta de, como dices, predominaba el carácter retrógrado de la educación. Al cabo, y esto está ya escrito y publicado, caí en la cuenta que quienes abogan por la educación son conservadores progresistas. Progresistas, porque creen que la educación puede, como es efectivamente el caso, contribuir a mejorar las condiciones de vida de la sociedad y de cada ser humano en particular. Pero conservadores porque se trata entonces, inevitablemente, de un proceso lento, a largo plazo. Mientras tanto, los malandros roban, asesinan, y hacen de las suyas en términos de eficiencia y eficacia y a muy corto plazo. Asimismo, la educación

por sí misma es abstrusa e ineficaz para cambiar el mundo. Para mejorar la vida se requiere, además, de otras ciencias y disciplinas, prácticas y saberes. Y es allí donde entra la complejidad. En resumen, es peligroso poner todos los huevos en una cesta y jugar con la cesta; la cesta es la educación; en cualquier sentido y matiz de la palabra.

En general, la innovación —en el sentido más amplio y generoso, pero fuerte de la palabra— no sucede en los colegios o en las universidades; sucede a pesar de ellos. Desde luego que la educación es muy importante. Sería supino afirmar lo contrario. Pero, grosso modo, la educación es un sistema de control. Ampliamente, el sistema educativo está orientado, y acaso dirigido, por el mercado. Formamos niños y jóvenes para trabajar. Algo perfectamente perverso. Como si la vida fuera en primer lugar: trabajar. Esto es lo retrógrado, que mencionas.

El trabajo en educación es admirable. Conozco verdaderos místicos y místicas de la educación. Merecen el mayor respeto; absolutamente. Creo que la gente sí merece tener la mejor educación posible con la mejor calidad imaginable. Dicho esto, desde luego, la educación debe ser un derecho universal; por tanto, idealmente gratuita.

Hay una circunstancia singular: en América Latina existe, muy ampliamente, una preocupación por los nexos entre complejidad y educación. Salvo un par de excepciones —una en Canadá, y otra en Inglaterra—, esta preocupación no existe en el resto del mundo. Me he ocupado de ello en algún artículo. Sin dudas, la razón que explica esta preocupación tiene que ver con el conjunto de retos, problemas dificultades, pero también posibilidades de Abya Yala. Dicho en una palabra, quizás demasiado esquemática: se trata de la importancia de la educación como uno de los mecanismos de movilidad social. Sin la menor duda, la educación ofrece condiciones y posibilidades que serían mucho menores o inexistentes si ella no existiera.

Las ciencias de la complejidad contribuyen activamente en una dirección: entender que, por primera vez en la historia de la humanidad el *input* y el *output* de la educación no son ya (solo) los seres humanos. El *input* sigue siendo el ser humano, pero el *output*, por así decirlo, es su relación con la naturaleza y el cuidado, así como, el conocimiento y exaltación de la vida. Ello no tiene que ver necesaria y principalmente con la profunda crisis ambiental en curso; sino con la exploración de otros horizontes —amplios y profundos— de la vida en general (en marcos perfectamente distintos a los clásicamente habidos). Permíteme una ilustración puntual: suponiendo que hoy fuera indispensable un nuevo contrato social —à la Rousseau— dicho contrato no tendría ya, en absoluto, sentido si no fuera en el marco amplio

de la naturaleza, *lato sensu*. Esa es la diferencia central, y el modo como las ciencias de la complejidad aportan al tema.

Los sistemas educativos, de un lado, y los modelos y teorías pedagógicas, de otra parte, se han asentado, tácita o explícitamente, sobre el trasfondo de las ciencias sociales. Pero éstas son y han sido siempre distintivamente antropocéntricas. Ello, no obstante, es fascinante. Observar cómo en Abya Yala existe una creciente tendencia a destacar modelos y teorías pedagógicas directamente vinculadas al territorio; uno, y dos, conocedoras y deudoras de los saberes ancestrales. Esto es algo que la educación normal —vinculada al trabajo— ignora. Ella cree que todo el asunto radica simple y llanamente en la educación ambiental. Ya sabes, reciclar, resiliencia y esas otras cositas.

Las ciencias de la complejidad comparten, en América Latina una misma longitud de onda, si cabe la expresión, con los estudios sobre decolonialidad, epistemologías del sur y saberes originarios. Esta es una característica, quiero sugerirlo, única en las relaciones entre educación y complejidad que se tejen en nuestro continente. Existen varios nexos también hacia lo que sucede en África. Basta una mirada, por ejemplo, a los más recientes trabajos de Mbembe.

Rosa María Medina Borges. *Tomando como hilo conductor una frase suya: ¿Qué significa para Carlos Maldonado, pensar la educación (y más: educar) en armonía con la vida?*

Carlos Eduardo Maldonado. La educación debe situarse en armonía con la vida. Esta es la idea rectora de mis trabajos en torno al tema. He venido trabajando diferentes textos sobre educación compilados y ampliados en un libro publicado en Nicaragua. Actualmente trabajo en la segunda edición. Allí se encuentra la sistematización.

Saber de vida quiere significar adoptar un sentido de desenfado ante el sistema de trabajo y reconocer que el trabajo, importante como es, es tan sólo un medio o una herramienta; jamás un fin. La filosofía, como la hemos conocido, siempre estuvo estrechamente vinculada a la plaza pública. Con una advertencia: todo el debate de Platón, directamente, y de Aristóteles, indirectamente, contra los sofistas fue el debate contra el humanismo. Los sofistas eran los humanistas de la Grecia antigua. Pensar y educar son una sola y misma cosa, pero la educación sucede en varios planos o contextos. Manifiestamente, no única y ciertamente no principalmente, en el aula de clase. A ello apuntan el conjunto de trabajos sobre desescolarización de la educación.

En cualquier caso, abogo no por la educación, sino por el aprendizaje. No por mucho educarse se aprende; de hecho, habitualmente, es todo lo contrario. La educación no es otra cosa que un proceso de domesticación,

disciplinarización y acondicionamiento; que, desde luego, muchas veces resulta satisfactorio. El aprendizaje, por el contrario, sabe de mucha autonomía y libertad, de sentido crítico y de horizontes indeterminados.

De manera atávica, lo que se transmite en la educación son cosas como: “te toca hacer esto. ¿No te gusta? A todos nos toca hacer cosas que no nos gustan”. Palabras más, palabras menos. Este tipo de educación introduce la idea de límites y restricciones, de insatisfacción, de desagrado con las cosas que se hacen y, al cabo, eventualmente, con la vida misma. Creo que este tipo de cosas deben ser superadas; y en cierto modo, gradualmente, lo están siendo. Debemos rescatar y poner abiertamente sobre la mesa, a plena luz del día, el disfrute de las cosas, la alegría de vivir, la exaltación del instante. Esto lo que denomino educación en armonía con la vida. Ya hubo una tesis doctoral hecha por un estudiante sobre esta misma idea.

Ahora bien, la idea de educación en armonía con la vida no debe tomarse en un sentido insulso y rápido. Una revisión sobre los fundamentos de la música pone en evidencia que la armonía supone el ritmo y la melodía, los juegos de escalas, el contrapunto. Desde luego que existen altos y bajos, bemoles y sostenidos si se quiere. Lograr la armonía en general es altamente complicado. La inmensa mayoría de la música popular, es decir comercial, es ritmo soso y manipulativo.

Rosa María Medina Borges. *Interesante Carlos... Entonces quisiera seguir con esta interrogante: ¿reconoce usted alguna influencia directa de algún pedagogo (a) o pensador (a) —latinoamericano o universal— en sus ideas sobre la educación?*

Carlos Eduardo Maldonado. Es una buena pregunta. No lo había pensado. No creo que exista ninguna influencia directa de algún pedagogo o pensador latinoamericano en mis ideas sobre educación. Muy joven leí a Freire, desde luego. También desde entonces he tenido diversos acercamientos, bibliográficos y personales con diversos pensadores latinoamericanos. Pero mis ideas sobre educación y vida, aprendizaje y complejidad; se derivan directamente del corpus de la complejidad y de mis experiencias.

Siempre he sido una persona altamente sensible. En ocasiones, incluso, demasiado. En este mismo sentido, he tenido siempre una muy alta capacidad de intuición. Como Poincaré o Brower, por mencionar algunos nombres. Esta dúplice circunstancia me ha permitido observar y sentir; esto es: *experimentar* cosas, procesos, enseñanzas, aprendizajes. Lo que me ha permitido moldear algunas ideas. He tenido la fortuna de estudiar en excelentes universidades, con estupendos profesores, y vivir experiencias singulares. Asimismo, la vida, (que siempre es buena) me ha permitido viajar mucho, asistir

a conferencias, congresos, seminarios, simposios; en los cuales lo más importante no son los contenidos teóricos sino las interacciones de encuentro, diálogo y observación. Es de esta forma como se han venido forjando algunas consideraciones. Y claro, lo que sí he hecho, crecientemente, es escribirlas: pronto y lo mejor posible. Por lo menos eso intento.

Rosa María Medina Borges. *Cierto, es mediante el diálogo y la interacción con los otros (as) donde verdaderamente sentimos que aprendemos. A propósito de ello, en varias de sus conferencias, artículos y libros ha declarado que la complejidad no puede ni debe ser enseñada, sino, en realidad, solo aprendida. Por supuesto que es una idea muy provocadora... ¿Cómo la fundamenta Carlos Maldonado?*

Carlos Eduardo Maldonado. La educación jamás ha hecho inteligente o sabio a nadie. Por derivación, la ética nunca ha hecho bueno a nadie, la religión no ha hecho nunca justo a nadie, el derecho no ha hecho nunca bueno a nadie; en fin... son, simple y llanamente, mecanismos de control, mecanismos de contención. Es importante pensar las cosas. Pero para ello, al mismo tiempo, debemos pensar el lenguaje con el que se dicen las cosas.

Hay que tener cuidado con el concepto y el proceso de enseñanza. Éste es: externo y vertical. Muy por el contrario, la buena educación se funda en el aprendizaje, el cual es horizontal y experiencial. En la primera, hay alguien que enseña y otro que aprende. En la segunda, ambos aprenden, así sea con diferencias. La enseñanza supone y afirma al alumno; esto es, como sabemos, al que carece de luz. El aprendizaje, por el contrario, comporta la construcción de un camino conjunto. Las cosas verdaderamente importantes en la vida no se pueden enseñar. Pero sí se las puede aprender.

Toda la historia de la educación fue, ampliamente, la historia de la enseñanza. Eufemísticamente, cabría decir: de la enseñanza-aprendizaje (manera velada de ocultar un régimen de violencia). Como decía Foucault: un régimen de verdad. La complejidad, he querido sugerir, es la vida misma. Las ciencias de la complejidad son ciencias de la vida. Pero entonces el concepto de ciencia no tiene absolutamente nada que ver con la ciencia clásica o moderna o con la ciencia normal. Soy consciente que una comprensión semejante de la complejidad no se conforma (solo) desde la muy amplia bibliografía existente sobre el tema. Pero sí estoy convencido que una lectura fina permite arribar a esta conclusión. Es lo que he venido haciendo a través de los distintos medios de publicación; ya sabes, artículos, capítulos de libro, libros, charlas, videos en YouTube, y demás.

Ningún proceso de aprendizaje es real si no suceden transformaciones. Transformaciones recíprocas, tanto del profesor como del estudiante. Ahora, evidentemente que en muchas —o en casi todas— las formas de

conocimiento, hay aspectos técnicos que es preciso dominar bien. La enseñanza hace referencia, en el mejor de los casos, a los aspectos técnicos; literalmente, *las tecnicidades*. Pero eso se aprende y ya. Luego, lo más importante queda por delante.

En el caso de la complejidad, hay desde luego cuestiones técnicas que es preciso dominar bien. La lista sería muy larga. Pero la estructura mental de la complejidad, que es, quisiera subrayarlo, una estructura esencialmente abierta, es muy difícil (prácticamente imposible) de enseñar. Existe una fuerte coincidencia entre este rasgo de complejidad y la filosofía fenomenológica, cuando ésta habla de la importancia de suspender el juicio o literalmente: no juzgar. Quien tiene una estructura mental abierta, no juzga. Por tanto, no prejuiza. No tiene pre-juicios, pre-concepciones, y demás. Entonces, para decirlo en la jerga de la fenomenología, puede ver dominios y esferas trascendentales. Utilizo aquí este lenguaje más por un esfuerzo pedagógico, aunque, como sabes, me formé en la fenomenología.

Rosa María Medina Borges. *En el 2012 usted publica un artículo titulado: ¿Qué significa creer en los seres humanos? Por supuesto esta problemática atraviesa buena parte de su obra (por no decir toda). De ahí que le pregunto entonces: ¿exactamente, qué significa creer en los seres humanos, visto a la luz de la educación en complejidad?*

Carlos Eduardo Maldonado. Esta pregunta empata perfectamente con la anterior, y me permite ampliar un par de ideas. En primer lugar, es imposible enseñar a pensar. A fortiori, es imposible enseñar a vivir, aun cuando se pueden brindar ejemplos, analogías, consejos y demás. Que la verdad sea dicha a la hora de la verdad, sirve de muy poco. Cada quien debe aprender a pensar por sí mismo(a). En segunda instancia, hacer buena ciencia o filosofía consiste en ver lo que nadie ha visto, decir lo que nadie ha dicho, en descubrir lo que nadie ha descubierto. Pues bien, ambas ideas demandan, entre otros rasgos, una estructura de mente abierta. *A la limite*, esencialmente indeterminada.

Te haré una confesión. Soy muy crédulo. Creo en la gente, creo en lo que la gente me dice. Mi familia y mis amigos muchas veces me han advertido sobre ello. Claro que hay situaciones peligrosas y gente con doble o triple intención. Como te contaba, soy también muy sensible e intuitivo. Así que eso balancea las cosas (risas). Pues bien, a eso apunta el artículo que mencionas; y claro varios otros textos en la misma dirección. No soy pesimista. Pero sí creo que lo que prima en el mundo es un

régimen generalizado de desconfianza, de sospecha, de malicia. Muchos se aprovechan de otros. La mayoría han perdido la inocencia (pienso aquí, tanto en Kierkegaard como en Dostoyevski).

Aquí es donde empatan los dos elementos de respuesta a esta pregunta. Creo, decididamente en que hay que confiar en la gente, en la vida. Para ello se requiere estar abiertos, no prejuiciados, con los demás. La complejidad tiene que ver justamente con este, digámoslo en términos clásicos de la filosofía, estado-de-abierto. Es lamentable que la mayoría de la gente no lo esté. Y entonces, claro, descreen de los demás. No te negaré que estar abierto a los demás en alguna que otra ocasión me ha llevado sorpresas no precisamente agradables. Pero no hay que desfallecer en las cosas importantes.

No tengo una inteligencia social muy elevada que digamos. No obstante, en principio estoy abierto a cada uno. De lo contrario es imposible llevar una vida sana, una vida sencilla. Llevar una vida sencilla es algo que tiene todo que ver con la buena poesía, y no se agota en una fórmula determinada. La complejidad es imposible de espaldas a la poesía, pero la poesía es, al final del día, una forma de vida.

Vivimos, manifiestamente una crisis sistémica y sistemática. Una mirada superficial diría que la ausencia de confianza es el resultado de una crisis semejante. Difiero por completo. Es precisamente en medio de los contextos de crisis y necesidad cuando más y mejor se requiere de confianza, de creer en la gente, creer en la vida. Basta una mirada, por ejemplo, a la historia, a la antropología, a la psicología social o a la sociología rural. Sin vitalismo alguno, la complejidad entra en el momento en que podemos afirmar que debemos también creer en la vida, en la naturaleza —que no es jamás perversa— en ninguna acepción de la palabra.

Rosa María Medina Borges. *Quisiera comentarle lo siguiente. He leído buena parte de sus trabajos y por supuesto he reflexionado sobre muchos de los asuntos que aborda; los cuales me han interesado, encantado y llamado la atención. Sobre esto, quiero mencionar la habilidad que posee para ponerle título a los artículos, libros y ensayos. En mi caso, batallo muchísimo con eso, soy muy mala poniendo títulos (risas). Hago este comentario porque a lo largo de la entrevista es posible que sitúe algunas problemáticas en un texto y título específico, pero para nada ello significa un reduccionismo. Precisamente lo más asombroso de su quehacer y producción intelectual es la organicidad de las ideas que van fluyendo y enriqueciéndose en diversos momentos y trabajos. Dicho esto, entonces disparo la pregunta. En el 2019 aparece el artículo: “La (buena)*

ciencia como (un acto de) rebelión”, ¿cómo relacionar ciencia, educación y rebelión; desde las ciencias de la complejidad?

Carlos Eduardo Maldonado. Descubrí, no estoy seguro cómo, que la inmensa mayoría de los artículos son muy malos; incluso así estén publicados en las más prestigiosas revistas. La razón es que la inmensa mayoría de artículos ponen en el título, un tema. Un buen artículo debe poner ya en el título, la tesis misma. Y eso se hace escribiendo en el título un verbo; así sea de forma tácita o pasiva. El verbo apunta a la tesis, o incluso es la tesis misma. Y entonces, claro, a la novedad misma del trabajo.

La buena ciencia es un acto de rebelión. Esa es la tesis de ese artículo al que te refieres. Ese ha sido un artículo que ha gustado. Contra todas las apariencias, la buena ciencia- como la buena filosofía- no se hacen con consensos, acuerdos, pactos o mayorías. Muy por el contrario, el buen pensamiento se hace con mucho debate y discusión. Sólo que se trata de discusión entre argumentos, no entre personas (*ad hominem*).

10 La ciencia, como la filosofía, son formas de acción en el mundo. Existen muchas maneras de actuar en el mundo. Algunas de ellas son: la construcción de argumentos, elaboración de modelos, realización de experimentos y el desarrollo de teorías. En otras palabras, las mujeres y hombres de ciencia son hombres y mujeres de acción; lo cual se logra cuando se hace buena ciencia y buena filosofía y no solamente cuando se cumple con ejercicios académicos, tareas de publicación y cosillas semejantes.

La filosofía y la ciencia requieren de condiciones democráticas para hacerse posibles, pero también instauran y fortalecen las propias condiciones para la democracia. Es exactamente en ese sentido que la ciencia es crítica. Siempre me gusta subrayar en estos contextos, un elemento. En ocasiones, la ciencia ha sido partidaria de posturas violentas, así como, la filosofía ha sido a veces amiga (o sometida) de poderes distintos. Los filósofos, al cabo, todo parece indicarlo, son veleidosos. La lógica, muy por el contrario, siempre ha sido crítica. No hay un solo lógico que haya sido alguna vez partidario de regímenes verticales, dictatoriales o violentos. Esto, desde luego, a partir de cuando nace la Lógica, en 1848, con Boole.

Rosa María Medina Borges. Bueno, tomando entonces la lógica como punto de partida: ¿podemos hablar de una educación compleja como cuerpo teórico de ideas? ¿Cómo puede la educación contribuir a la libertad vista desde la complejidad?

Carlos Eduardo Maldonado. Sí, aunque la expresión que yo empleo es la de educación modo complejo (pensando, siempre, en el trasfondo, en la lógica modal y multimodal). Estrictamente hablando, a la fecha, no existe una educación modo complejo, a pesar de la enorme bibliografía sobre educación

y complejidad. Quiero decir, no existe ni un currículo ni un programa, ni una organización (colegio o universidad) que, estrictamente, pueda decirse que sean una materialización de las ciencias de la complejidad. Sin embargo, sí es cierto que existen diversos modelos alternativos, que beben o se alimentan -parcialmente- de la complejidad. Cuando esto sucede es más bien de una forma ecléctica o acaso utilitarista. Lo mejor está aún por venir.

La complejidad nace en centros e institutos, dedicados por tanto a la investigación. Gradualmente, va permeando desde doctorados hasta maestrías. Hoy existen en diversas partes del mundo, doctorados en complejidad y maestrías en complejidad. Pero aún no existe una carrera, un pregrado o licenciatura —según el país— de complejidad. Mucho menos, existe aún un colegio de complejidad. No tengo información, por lo menos, al respecto, digamos.

La buena educación, sugiero, no es educación, estrictamente, como ya hemos mencionado, sino aprendizaje. Por consiguiente, coincide, plano por plano, con el rasgo que más me gusta destacar de un sistema complejo: los grados de libertad. Una buena educación (promueve, alienta, nutre, despierta, desarrolla) grados de libertad; tantos como quepa imaginar. Una educación modo complejo es educación de libertad, de vida; mucho más que de adoctrinamiento en cualquier sentido. Se trata de educar gentes —me encanta esta expresión mexicana— esencialmente críticos, abiertos, que conozcan muy bien las cosas, pero que investiguen verdaderamente, y ante todo que tengan amor por el conocimiento, la pasión de aprender, de descubrir, y demás. Como tal, los sistemas educativos no tienen esta finalidad, pero cuando hay un o una estudiante que sí se destaca por estos rasgos, es gracias a algún profesor o profesora, a un entorno familiar y social propicios, pero no al sistema educativo como tal. Al fin y al cabo, podemos decir que el sentido primero de la educación es el de formar a cada quien para que se integre a la sociedad de la mejor manera. En eso consistía la *paideia* griega. Al cabo, la educación genera, alimenta y vigila una moral gregaria.

Rosa María Medina Borges. *Me encantaría, llegado este punto, preguntarle: ¿cómo valora usted la contribución de Paulo Freire a una educación otra, para los pueblos de Abya Yala?*

Carlos Eduardo Maldonado. Paulo Freire es una fantástica combinación, un cruce de caminos. Como sabemos, se trata de la combinatoria —el orden no importa— de la teología de la liberación, la filosofía de la liberación y la educación popular. Todo reunido —cabe precisarlo— como el compromiso por lo pobres. Este es el verdadero núcleo de la obra de Freire.

Quien esté con los marginados, los excluidos, los que sufren, los enfermos, los proscritos, los anatematizados, los encarcelados, los sin-voz, los sin-tierra, los invisibles, los intocables; está con las mayorías. Contra las lecturas predominantes (de un color o de otro) a lo largo de la historia de la civilización occidental, los verdaderos representantes de la humanidad no son los exitosos, los genios, los científicos, los filósofos, los descubridores, los militares o los políticos, los inventores -todos los cuales, a su manera son, literalmente excepcionales-, sino aquellos de los cuales habla Freire. Ellos —que siempre han sido las mayorías— son los representantes de lo que significa ser humanos. Dramáticamente, se trata de los que nunca lo lograron; y acaso, más radicalmente, nunca lo lograrían.

Freire no es otra cosa que el llamado al reconocimiento de que todos los demás —quienes quiera que sean o que seamos— podemos aprender —y por tanto convivir— con el oprimido. Como sabemos, son cinco los ejes de la educación o la pedagogía de Freire. Se trata de la educación del oprimido, la esperanza, la indignación, la autonomía y la erótica. Habría que volver, no solamente sobre los contenidos de cada uno de estos ejes, sino sobre las transiciones y las complementariedades de esta educación. Este es el gran aporte de Freire, y con Freire, mejor aún, el gran aporte en un plano, del pensamiento latinoamericano al mundo.

Todo lo anterior permite una respuesta a tu pregunta. América Latina es el pasado. Abya Yala es el futuro. Y como en la lengua quechua, el pasado queda por delante, y el futuro queda atrás. Una lógica formal clásica- de corte occidental- no puede entender esto.

Vivimos un momento muy afortunado que, con mucha fuerza, encuentra sus principales atractores (extraños) en México y en Colombia, en Ecuador y en Perú, y en Brasil, principalmente. Se trata de la recuperación activa y experiencial de los saberes originarios. Este es un tanque de oxígeno, si cabe, para el resto de la humanidad. Sin embargo, es claro que esta dinámica no es exclusiva nuestra. También sucede en varios lugares de África, en la India y en el llamado Sur Global. Se trata de girar la mirada hacia la tierra viva o la tierra en florecimiento, pero que, por tanto, es más que simplemente tierra.

Dicho esto, es claro que la preocupación de Freire es eminentemente antropológica y antropocéntrica. No se puede esperar más de los tres planos que mencionamos antes: la teología de la liberación, la filosofía de la liberación y la pedagogía de los otros. Particularmente, esta es mi crítica a estos tres planos. Como sabes, mi punto de vista es que preocuparnos por los seres humanos es importante y fundamental. Y, sin embargo, es demasiado poco. La trama de la vida (la aventura de la vida) ni comienza

—ni termina— en los seres humanos; y seguramente tampoco encuentra en ellos, su ápice o cénit.

Rosa María Medina Borges. *¡Qué valoración tan hermosa! Me ha emocionad y, entonces, me viene a la cabeza indagar en este momento sobre un tema llevado y traído desde el surgimiento de la Pedagogía, el tema del aprendizaje: ¿cómo sucede el aprendizaje en complejidad?*

Carlos Eduardo Maldonado. Es una hermosa pregunta. Permíteme destacarlo de la siguiente manera: a) ¿Cómo se aprende o se enseña en complejidad? b) ¿Se aprende o se enseña de la misma manera que en la ciencia clásica en la cultura normal, o de otro modo? Asimismo, c) ¿cómo se investiga en complejidad? Y abrimos el mismo pequeño abanico anterior, referido a la educación y al aprendizaje. Me interesa, en efecto, destacar el aprendizaje sobre la educación.

Correspondiente al espíritu de la complejidad, el aprendizaje no sabe de centros o de jerarquías. Permíteme expresarlo, en una palabra: complejidad es cooperación, ayuda mutua antes que competencia (lucha o selección, o cualquiera de sus variantes). El *ubuntu* serviría igualmente para expresar en qué consiste la complejidad. Por primera vez en la historia de la humanidad, nadie le enseña nada a nadie. Todos aprendemos; así sea con diferencias.

En ciencias de la complejidad no cabe la enseñanza. Tan sólo el aprendizaje. Una manera clásica, externa de entender esto es mediante la clásica indicación de que se aprende haciendo. En verdad, en complejidad no existe la distinción entre teoría y práctica, típica de la tradición platónico-aristotélica. Esa distinción le hizo mucho daño a la humanidad. A pesar del alto tecnicismo que existe en las ciencias de la complejidad —algo que es inevitable, dadas las dinámicas del avance del conocimiento— el trabajo se despliega siempre sobre la base del aprendizaje. Veamos.

Existe de entrada una tensión fuerte en complejidad: mientras que de un lado se habla, con toda la razón, de ausencia de disciplinariedad y ruptura de cualquier aproximación analítica, es evidente que hay también un desarrollo técnico que no termina de sedimentarse en el cuerpo de la educación en general, de la cultura y la sociedad. Temas como: transiciones de primer orden y de segundo orden, relaciones entre- entropía- sintropía y entalpía-, las más de veinte interpretaciones de la mecánica cuántica, la especificidad de las leyes de potencia, las diferentes clases de metaheurísticas (por solo mencionar algunos). La lista que se puede hacer es bastante más amplia. Estas son herramientas y problemas propios de las ciencias de la complejidad. Pues bien, lo cierto es que la mayoría de las personas no conocen, y menos trabajan con ellas o con algunas de ellas.

Como observas, se requiere un trabajo de pedagogía profundo y muy serio. Lo que más abunda sobre complejidad en general es mucha habladuría y bastante jerga, en fin: lugares que van siendo cada vez más comunes. No termina de haber entre nosotros un profundo trabajo pedagógico. Creo que este trabajo, en el sentido más profundo y ancho de la palabra, es aún una promesa. Y como aprecias, todos podemos aprender. Como sabemos, una de las maneras como más y mejor se aprende es compartiendo. Si se quiere: enseñando y abordando preguntas de manera conjunta y resolviéndolas, en lo posible, de manera colectiva.

No se aprende ni se enseña en complejidad de la misma manera que en la ciencia clásica o en la escuela normal. Nuevas formas de conocimiento implican nuevas formas de organización del conocimiento tanto como nuevas formas de organización social. El eje, naturalmente, es el sistema de aprendizaje. Lo demás sería ya una larga fenomenología. Conozco experiencias de aprendizaje diferentes, en disímiles lugares del mundo, en los que la complejidad es aprendida y desarrollada de forma- perfectamente distinta- al profesor que habla y a los estudiantes que escuchan, punto.

Rosa María Medina Borges. *En otras entrevistas- que he tenido el placer y el privilegio de hacerle- le he interrogado acerca de un libro síntesis: Occidente, la civilización que nació enferma (2020), en el cual usted despliega diversas razones para fundamentar el colapso que la civilización occidental está experimentando. Pero Maldonado no deja nada inconcluso y en el 2023 publica: Indicios de la emergencia de una nueva civilización. ¿Cuáles serían los indicios concretos de la emergencia civilizatoria, en la educación?*

Carlos Eduardo Maldonado. Ambos libros fueron concebidos como una unidad, a pesar de que fueran escritos y publicados en momentos distintos. Actualmente estoy trabajando en una edición conjunta, reunida y ampliada, de los dos libros que mencionas.

Permíteme concentrarme en tu pregunta, y por tanto en el segundo libro: *Indicios de la emergencia de una nueva civilización*. Yo no soy pesimista. Pero sí siento que hay un profundo desasosiego en la cultura, en la sociedad. La gente sencillamente está aguantando, sublimando en algunos casos, racionalizando en otros, negando; si lo vemos desde las estrategias de fuga suficientemente estudiadas por el psicoanálisis y la psicología. Este segundo libro fue escrito con una sola finalidad —que además es empíricamente cierta—: brindar a las gentes: esperanza, horizontes, información positiva.

Los intelectuales, los académicos, los investigadores, tenemos una obligación con la sociedad. Dado que hemos tenido el privilegio de estudiar mucho, de leer algo, de pensar un poco, tenemos la obligación —al mismo

tiempo moral y epistémica— de compartirle luces y esperanzas a la gente. La humanidad está siendo manipulada por los grandes medios de comunicación, por la industria de la cultura y el entretenimiento; por una mala educación. La gente siente que las cosas están mal; sabe que las cosas no están bien; y no tiene la más mínima certidumbre acerca del futuro. De hecho, no sabe bien si hay o habrá futuro. Se está viviendo el día. Mañana... ya se verá.

Ante nuestros ojos hay una nueva civilización que está naciendo. Y me he dado —sin que sea una lista— a la tarea de aportar algunos indicios, algunas evidencias o demostraciones de que hay una nueva civilización que está naciendo ante nuestra mirada. Algo de lo cual la mayoría de la gente no parece darse cuenta. En la segunda edición ampliaré estos indicios. Los que he aportado son tres, pero, creo, contundentes. Desde luego, hay que tener en cuenta que este proceso, aunque es vertiginoso, no se dará de la noche a la mañana. Pero sí es importante echar una mirada al cuadro grande.

Somos, en verdad, muy afortunados. Hubo gente que vio morir un presidente, un rey o un Papa. Y algunos se ensombrecían. Otros vieron acaso el colapso de un imperio. Todo era un marasmo. Los recuentos sobre la caída de Roma son abundantes e ilustrativos. Pues bien, nosotros somos los primeros seres humanos que vemos —en gran escala— el colapso de una civilización y el nacimiento de otra.

La obligación de un buen académico, investigador o científico, por ejemplo, es una sola: como se dice habitualmente, estar bien dateados. Hay mucha habladuría allá afuera. Y también, mucha banalidad. Para la complejidad se requiere de muchos y muy buenos datos, por así decirlo, como polo a tierra. Ambos libros han gustado mucho. A pesar de que el segundo sólo existe, a la fecha, de forma digital.

Rosa María Medina Borges. *En su prolija producción científica aparece, para nuestra suerte y beneplácito, otro libro ineludible: Gestión y Complejidad. Organizar el mundo acorde a la naturaleza (2023). Su lectura me inquieta a interrogarle: ¿cómo organizar y gestionar las instituciones educativas (en particular las universidades) acorde a la naturaleza y la cultura. Ahí de paso se deriva otra problemática: la correlación naturaleza-cultura.*

Carlos Eduardo Maldonado. Toda la educación habida en la civilización occidental ha sido eminente o distintivamente antropocéntrica. Educación para los asuntos humanos. La naturaleza, en el mejor de los casos, ha ido de suyo; algo grave, en verdad. Pues bien, vinculémonos con lo que acabamos de mencionar en la pregunta anterior. Mientras que, para Occidente, la naturaleza es un objeto de consumo, o bien, es algo que sencillamente va de suyo; la nueva civilización (en emergencia) sabe de

naturaleza. No reduce la experiencia de la vida simplemente a la forma humana de la existencia y es plenamente consciente del error occidental y de la necesidad de reintegrarnos con la naturaleza, en el sentido más amplio pero fuerte de la palabra.

Este fue el primer motivo por así decirlo, que me condujo al libro sobre *Gestión y Complejidad*. En segundo lugar, no conozco ningún trabajo en las relaciones entre complejidad y gestión o administración que aborde el tema como lo sugiero. Y el tercer motivo —y esta es una primicia grande que logras con esta entrevista— este libro sobre gestión es un paso a un libro siguiente sobre el que ya he comenzado a trabajar, que aborda los entretreídos entre economía y complejidad. Como ves, estoy elaborando una especie de mosaico, por decirlo de alguna manera.

No existen dos cosas: cultura y naturaleza, como dimensiones separadas. Ambas son una sola y misma cosa. Uno de los capítulos del libro señala justamente esto: que la cultura no es un rasgo específica o distintivamente humano, y que, muy por el contrario, la cultura permea a la naturaleza. En ella hay espiritualidad, matemáticas, juego y lúdica, cooperación, organización social y muchos otros aspectos que clásicamente se creyeron distintivamente humanos; asistimos al final del excepcionalismo humano. Ese es el punto. Y por esa misma puerta o ventana accedemos a una comprensión, a una experiencia diferente de la naturaleza. En otras palabras, los seres humanos se equivocan a veces y mucho. Si bien el error también existe en la naturaleza —las mutaciones son un buen ejemplo— las enfermedades autoinmunes, son otro. Podríamos elaborar una pequeña lista de errores en la naturaleza, esos errores son episódicos y ella misma aprende de esas equivocaciones. Permíteme ilustrarlo de la manera más diáfana: la paleontología y la paleobiología han puesto de manifiesto que después de cada extinción masiva —y hemos tenido hasta el momento cinco y nos encontramos en la sexta extinción— la naturaleza aparece más robusta, diversa y rica que antes. ¡Sorprendente y maravilloso! Numerosos otros ejemplos se podrían dar.

Naturalmente, no se trata de algoritmos, manuales de usuario, recetas y demás. Entiendo la pregunta acerca de cómo gestionar acorde a la naturaleza. Y en varias ocasiones ha surgido. Te lo diré de manera sucinta: debemos poder ver y escuchar; pero también, cuando sea posible, sentir a la naturaleza. Ella nos habla constantemente, en muchos y numerosos lenguajes. Debemos poder aprender esos múltiples lenguajes, dialogar y convivir con ella. ¿Sabes cuál es el tema que inmediatamente emerge?: la sabiduría. Occidente sólo supo de cosas como: información, educación, ciencia, arte, filosofía, investigación. Ocasionalmente supo de eruditos y

hasta de genios. Pero jamás supo de sabiduría. Principalmente porque, no sin razones, asimiló la sabiduría al paganismo.

Las mujeres y hombres sabios escuchan y ven a la naturaleza. De hecho, la sabiduría sólo es posible con y de caras a la naturaleza; jamás de espaldas a ella. Gestionar el mundo —deliberadamente omito la palabra administrar, porque tiene una connotación de poder muy ingenieril—, consiste en manejar los asuntos humanos, las organizaciones; de cara a la naturaleza y con ella. No ya con vistas al propio ser humano; lo que quiera que este sea, cualquiera que sea.

La dificultad, y esto empata inmediatamente con tu preocupación (que comparto) radica en que la filosofía no se puede enseñar. Pero, y subrayo esto, sí se puede aprender. Y entonces logramos, si cabe decirlo así, el entronque entre complejidad, aprendizaje y naturaleza.

Rosa María Medina Borges. *Siguiendo la lógica del libro anterior, me encantaría su opinión acerca de cómo contribuir —desde la educación— al cambio del paradigma de la trascendencia occidental hacia el redescubrimiento de la inmanencia (presente en muchas de las culturas ancestrales).*

Carlos Eduardo Maldonado. Te haré una confesión que es otra primicia. Durante la pandemia escribí un libro. Se llama *Cosmología y Vida Cotidiana*. Está terminado. Lo que sucede es que luego pasó la pandemia (¿!, eso no se lo cree nadie) y llegaron otros compromisos. El manuscrito quedó ahí... Lo tengo en mi lista de revisiones. Y luego lo enviaré a alguna parte, para publicarlo.

En ese libro tengo desarrollado lo que mencionas y has leído en otros trabajos. Occidente es una civilización de la trascendencia. En Occidente, los seres humanos huyen de la naturaleza, buscan a Dios o la salud o el amor, y al cabo, cuando fallecen, dice la gente, entonces se trasciende. Por el contrario, creo que si no encontramos el amor donde estamos, no encontramos la salud en lo que somos y hacemos, y no encontramos a Dios en los alrededores inmediatos; nunca los vamos a hallar. Con una tragedia que particularmente en la investigación científica conocemos: la gente que busca sólo encuentra —en el mejor de los casos— lo que estaba buscando. Y no es capaz de encontrar nada más. O lo que encuentran es (muy) poco.

La idea de trascendencia es común a las tres religiones monoteístas constitutivas de Occidente que son, adicionalmente, religiones del desierto. Evidentemente, en el desierto la naturaleza es mi enemiga y debo huir de ella. Aunque hay otros contraejemplos. En Abya Yala, por el contrario, la naturaleza es nuestra madre o nuestra hermana. Ella es generosa. Los

pueblos, culturas y sociedades de Abya Yala recibimos muchos regalos: frutos, mares, ríos, cielos, y demás. Y nos alegramos de la naturaleza.

Son muy pocos los pensadores, los científicos y filósofos de la inmanencia en la historia que conocemos. Se cuentan con los dedos. Uno, acaso el más importante de todos, es B. Spinoza, un filósofo al que le tengo inmenso afecto. Sí, yo abogo por una ciencia y filosofía de la inmanencia. Una razón muy elemental para ello es que, además, la trascendencia se corresponde perfectamente con la enajenación (*Enttäuschung*) en Hegel o la alineación (*Entfremdung*) en Marx. Los seres humanos deben salir de sí mismos y encontrarse y realizarse en otra cosa, más allá de sí mismos.

El llamado a la inmanencia no es otra cosa que el llamado a un encuentro, mucho más que una búsqueda, a una experiencia con lo propio como lo ajeno mismo. Todas las variantes de la trascendencia en la historia de Occidente son, hoy, *du déjà-vu*. No es en realidad mucho más ni mucho mejor lo que puede ofrecer. En contraste, la inmanencia, por muy distintas razones, no ha sido en modo alguno el motivo principal de la reflexión o de la educación. Una historia de la inmanencia sería, con mucho, un volumen mucho más pequeño que lo que se ha dicho y escrito sobre la trascendencia. ¿Sabes? Lo que se anuncia con la inmanencia es el tema mismo de la sabiduría, que jamás ha sido un tema explícito, en absoluto, en educación o en pedagogía.

Rosa María Medina Borges. *Inteligencia artificial (IA), computación cuántica y educación: ¿cómo las ve?*

Carlos Eduardo Maldonado. La inteligencia artificial -que en realidad es vida artificial-, llegó para quedarse (empleando la manida expresión). Soy optimista al respecto, tanto desde el punto de vista evolutivo como del conocimiento. Por razones al mismo tiempo tecnológicas y científicas, pero también filosóficas; existen varios vínculos entre la inteligencia artificial y la cuántica (por ejemplo, la computación cuántica). Esta es, sin la menor duda, una de las aristas más importantes del conocimiento hoy por hoy. La educación debe poder estar a la altura de los imperativos actuales, desde los niveles más básicos en adelante.

Es muy interesante que los jóvenes de hoy (nativos digitales) acceden a la IA como una experiencia social o cultural, mucho antes y usualmente por fuera de los sistemas educativos. La brecha entre inmigrantes digitales y nativos digitales se hace cada vez más ancha y profunda. La principal forma de analfabetismo contemporáneo es el analfabetismo tecnológico. Leer y escribir código, por ejemplo.

Una tragedia del sistema educativo es que los profesores normales comparten en sus aulas las experiencias que ellos aprendieron y la mayoría no están abiertos o preparados a los desarrollos, manifiestamente vertiginosos,

en curso. Dicho de modo general, hoy los estudiantes saben más cosas que los profesores normales que tienen. Acceden a bases de datos, motores de búsqueda, uso de herramientas tecnológicas y computacionales, y demás lo hacen como algo natural.

La computación cuántica, hoy por hoy, es un proyecto de investigación en curso; altamente promisorio. Pero no es aún una realidad social o cultural. No lo será hasta que los expertos de todo tipo —incluidos notablemente financistas y militares— logren resolver el problema de la encriptación-decriptación en los marcos de la cuántica. En la actualidad, ya se está trabajando en la decriptación post-cuántica, como una de las puntas de avance más sugestivas.

Los ritmos de la investigación y de los avances tecnológicos son fantásticos. Verdaderamente acelerados. Debemos poder estar al día con ello, que es la única obligación de un académico: manejar el estado del arte. Sin embargo, al mismo tiempo no hay que olvidar un elemento que usualmente se olvida. Se trata de la importancia de pensar despacio, vivir despacio hacer ciencia lenta. Como sabes existe todo un movimiento mundial, muy interesante, a favor de una ciencia lenta. He escrito en un par de lugares al respecto. ¿Sabes qué es lo que emerge con un movimiento como éste? La cara oculta de la luna: la sabiduría. El hombre o mujer sabio no corre detrás de otra cosa: posee el pivote en sí mismo (a). La ciencia rápida es una apología directa del capitalismo: productividad, consumo, trabajo. Bien valdría que la educación considerara, puntualmente, el movimiento por una ciencia lenta. Como señala I. Stengers en un libro muy conocido: efectivamente, otra ciencia es posible. Con otra ciencia naturalmente, otra educación, otro mundo.

Rosa María Medina Borges. *Los que nos dedicamos a las investigaciones en educación sabemos que en los últimos tiempos han sido muy llevadas y traídas las competencias (y su desarrollo) como “soluciones” para casi todas las esferas de la vida profesional y en general. Ahí vuelvo a los títulos de los artículos que nos dan desde el inicio las claves de por dónde va lo que vamos a leer de Maldonado. En este caso me refiero a: De las competencias destrezas y habilidades a los gustos, sensaciones y conocimientos. De la educación para el trabajo a la educación para la vida (2022). Y entonces quiero que desarrolle acá esos maravillosos entretejidos.*

Carlos Eduardo Maldonado. El término mismo de competencias, y mucho más toda la ingeniería que comporta, constituyen una apología directa del capitalismo. Para el ser humano contemporáneo, los otros existen como competencia y rivalidad. El que pega primero pega dos veces; y cosas semejantes. Es el sistema de educación orientado al trabajo y a la

productividad, justamente la educación, en el sentido primero de la palabra. Es contra de este sistema, sugiero, hay que rescatar el aprendizaje.

En el sistema educativo —y esto es perverso— se enseña a los niños, a los jóvenes y a los adultos; que hay cosas que tienen que hacer, aunque no les gusten. Todos tenemos cosas que hacer que no nos gustan. Tarea, es una palabra odiosa. No es la fruición, el deleite, el gusto, el placer —como se quiera— lo que se promueve; sino: las obligaciones, el acatamiento y la obediencia. El sistema educativo forma- en general- gente pasiva, obediente, que agacha la cabeza. Los estudiantes “tienen que” estar preparados para un quiz (sorpresa), hacer una exposición, presentar un examen, alistar una salida de campo y cosas semejantes. Todo el tiempo... Justamente: habilidades, destrezas, competencias. Entrenan para ser habilidosos, aunque no necesariamente: reflexivos o críticos. Hacemos siempre cosas con palabras, y el lenguaje de la educación es distintivamente conductista y hay que tener mucho cuidado con eso. Los estudios sobre las consecuencias e implicaciones del conductismo son suficientemente conocidos. Y totalmente indeseables, cuando se sabe de libertad, de autonomía, de vida.

Te haré una confesión: no soy kantiano para nada: *müssen, muss man nichts*. Una parte de la inteligencia consiste en reconocer cuándo es conveniente hablar y cuándo callar, pero eso no implica el sometimiento. Se trata de saber a qué cosas hay que “temerles” y a cuáles no; pero no doblar jamás la cerviz. Vivir sin miedo. Esto es lo que no se les permite hoy aprender a los niños, jóvenes y adultos. El miedo se les inserta de manera sutil y sistemática. Sé que este término no existe en español: *inception*, que viene del inglés. Y significa introducirles cosas a las gentes, a veces a la fuerza; pero usualmente de manera sutil. Desde tempranas edades así sucede... Como quiera que sea, es absolutamente imperativo eliminar tanto el lenguaje como las prácticas conductistas del sistema educativo. Ya sabemos muy bien adónde conducen.

En contraste, he venido sugiriendo la idea de que el aprendizaje debe enfocarse en la vida; esto es, qué significa estar vivos, qué es tener una vida, y demás. Como se dice genéricamente, aprendizaje para la vida. La inmensa mayoría de la gente vive para trabajar. Es más: se muere yendo al trabajo, se muere en el trabajo, o se muere después del trabajo. Eso no es vida, por donde se le mire. La gente trabaja para vivir, se endeuda y trabaja para pagar deudas. Es terrible. Podemos transformar este estado de cosas. Creo que existen luces al respecto, muy prometedoras.

Ahora bien, hay que atender, naturalmente, el hecho de que las destrezas, competencias y habilidades forman parte del sistema normal de educación y que existen, al mismo tiempo, otros sistemas alternativos. Mis observaciones

se dirigen al sistema imperante, hegemónico digamos; aquí o allá. En el caso de América Latina, es altamente significativo que, a pesar de las fronteras, diferencias culturales, políticas incluso en algunos casos, el lenguaje, los modelos y las prácticas educativas dominantes sean los mismos.

Es como si los sistemas sociales y la educación no hubiesen sabido nunca —o acaso lo hubieran olvidado— que hay otras cosas más importantes en la vida por encima de la obediencia, el acatamiento y el trabajo. Quiero decir, por encima y más importantes que el trabajo alienante. Los trabajos de Marx permanecen en este punto totalmente vigentes. La educación y el trabajo se convirtieron en fines, y convirtieron la existencia en un medio. Los estudiantes parecen pasar más tiempo en la escuela que en la familia o en la naturaleza o consigo mismos. Definitivamente, los adultos pasan más tiempo en el trabajo que en cualquier otro lugar o actividad. Y la gente lo toma como si fuera normal. Me parece terrible.

Rosa María Medina Borges. *Frente a estas paradojas y desafíos que nos ha planteado y que habrá que hacer añicos (sin lugar a dudas): ¿cuáles serían para Maldonado los dones que debe exhibir un (a) buen (a) educador (a)?*

Carlos Eduardo Maldonado. Sin que sea una lista, algunos de los atributos de un buen profesor o profesora serían: ante todo ser una buena persona, la calidez y la sencillez. No creerse superior para nada; esto es, no mirar a nadie, y ciertamente no a los estudiantes, desde arriba. La bonhomía es un rasgo altísimamente escaso.

Es muy importante: darse, darse por entero, entregarse, en el proceso del aprendizaje colectivo y en la investigación, en la escritura o lo que fuera el caso. Los estudiantes, los asistentes (a una conferencia) logran reconocer quién se entrega y quién no: en su conocimiento, en su persona, en su autenticidad. Y lo valoran, aunque no siempre sea un acto consciente y reflexivo. El conocimiento es uno de esos pocos bienes que cuando se entrega no nos quedamos con menos. Todo lo contrario. No creo en el yo, en el ego, pero ese es otro asunto. Un buen profesor carece de yo. El yo nos ata, nos ataja, nos encierra.

Definitivamente, un(a) buen(a) profesor(a) debe estar abierto a los comentarios, comportamientos y demás de los estudiantes. No hay nunca nada obvio en la vida. Pero, ante todo, el profesor no debe intentar enseñar, y ciertamente no enseñar todo el tiempo; además y fundamentalmente, debe estar abierto a aprender. De lo contrario no hace nada bien.

Es una hermosa pregunta la tuya, pero no quiero dar la sensación de estar encima de algo así como una receta. Lo mejor siempre, en el mejor y más sublime de los sentidos, lo mejor es siempre el ejemplo.

Rosa María Medina Borges. *Resulta evidente que Carlos Eduardo Maldonado es un intelectual influyente, por sus ideas y obras escritas. Pero sobre todo por su praxis. Ahí yo diría que debemos ejercer la crítica y decir que de manera contrahegemónica debemos divulgar la existencia de estas otras maneras de ser influenciar (risas) ¿Por qué decide usted ser profesor, conferencista y comunicador?*

Carlos Eduardo Maldonado. La verdad es que no lo decidí yo. La vida me fue llevado por estos caminos. Las conferencias, los videos, es porque sencillamente me los piden. A veces me escriben, por ejemplo, preguntándome por qué no he subido algún video nuevo. A las conferencias sencillamente me invitan. Y yo trato de aceptar y de cumplir los compromisos que pueda. Pero la escritura es definitivamente lo mío.

La cosa es que hoy por hoy, las distinciones entre una forma de pensamiento y de trabajo, de comunicación, de creación, no está enteramente separada de otras. Usando una expresión muy colombiana en un contexto específico: se trata de una combinación de todas las formas de lucha: escribir artículos para públicos diferentes, con lenguajes distintos, con medios disímiles. Realizar las conferencias posibles y participar —en la medida de lo posible— en procesos de formación, creación y divulgación. Es mi manera de hacer posible la vida, de ayudar a las gentes, de crecer yo mismo, si se quiere.

Me parecen odiosos los intelectuales, académicos y científicos que o bien andan pontificando, o bien desechan un medio, canal o lenguaje en favor de otro. Ya sabes: *papers* Q1, y cosas así. La mayoría de los académicos, intelectuales e investigadores son veleidosos. La capacidad de hablar ante públicos diferentes, con personas distintas, en medios distintos, con lenguajes plurales constituye una buena medicina contra la veleidad.

Rosa María Medina Borges. *Como en otras ocasiones, siempre quedan muchas más cosas por conversar con Carlos Eduardo Maldonado. Pido a todas las providencias que existan (risas) poder volver a sentir este gusto que resulta de entrevistarlo. Algo que usted desee comentar para este cierre imaginario...*

Carlos Eduardo Maldonado. Sí: te agradezco inmensamente Rosa María. Es una fruición conversar contigo. Me has hecho pensar en cosas que no había reflexionado enteramente y decir cosas que no le había dicho a nadie. Es uno de tus grandes méritos.

Rosa María Medina Borges. *Muchas gracias, Carlos. Ha sido delicioso escucharlo.*